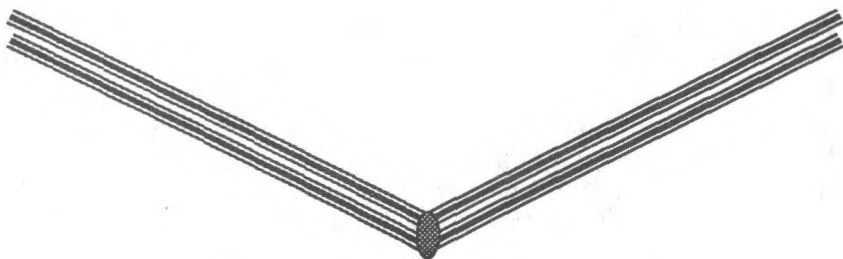


HOMENAJE AL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER EN EL SESQUICENTENARIO DE SU MUERTE



Especial para la Revista Fuerzas Armadas

Por: Teniente Coronel ALBERTO LOZANO CLEVEZ
Presidente de la Sociedad Bolivariana

La conmemoración del sesquicentenario de la muerte del General Francisco de Paula Santander y del bicentenario de su natalicio constituye una nueva manifestación de que esta nuestra patria, sacudida por tantas vicisitudes, sabe que, en tanto avizora el porvenir en busca de una era de consolidación de su paz y de su progreso, debe al propio tiempo mantener una mirada vigilante en el pasado y recibir de él las lecciones y los índices que son el filtrado final de la historia. Dentro de ese pretérito de nuestra formación republicana, la figura de Francisco de Paula Santander emerge cada vez más vigorosa y aleccionadora.

Santander no suele suscitar el entusiasmo férvido de las muchedumbres. En realidad, no es un hombre de masas. Escapa fácilmente a la comprensión popular y se le confundiría con un filósofo si su acción, su obra y su contribución tan decisiva a la

causa libertadora no lo colocase más allá y por sobre las simples especulaciones filosóficas de un estadista de gabinete. Precisamente el aspecto más apasionante de Santander lo constituye ese doble juego de su personalidad, fluctuante entre el pensamiento y la acción, entre la quietud reflexiva y la actitud pasmosa, entre el plan y la obra. Empero, quienes no están muy familiarizados con la dilatada biografía del prócer, tienden a deformarlo, encasillándolo en una esfera de meditación estática, alejada, pues, de la nerviosa dinámica que representó el más elevado coeficiente en la milicia de su vida.

Militarmente considerado, Santander es un creador absoluto y por consiguiente excepcional o singular en nuestro medio. Del punto de vista sociológico es muy difícil, casi imposible, encontrarle por entre sus pares de la epopeya. Santander, que rehuye casi deliberada y sistemáticamente el espectáculo, es una criatura mediatunda que no se arroja al torbellino de la acción sino cuando ya cada plan, cada proyecto, cada iniciativa han sido sometidos inexorablemente a la prueba de fuego del análisis minucioso. A diferencia de casi la totalidad de los prohombres, sin que esto implique una afirmación incontestable, no es un improvisado. No sueña. Siendo radicalmente un sensitivo, jamás se subordina a la tentación poética ni al espíritu impulsivo de su raza. Es la suya una mentalidad cálidamente fría, si se permite la paradoja. El sentido de la responsabilidad alcanza en Santander, casi pudiera decirse, los linderos de una hipertrofia del sentido común.

La terrible y abrumadora magnitud de los problemas sometidos a su criterio, parecían convertirse para él en estímulos y alicientes de su pasión creadora. No fue ni podía ser un jugador. Jamás se permitió veleidades con el azar. Pudo equivocarse o no muchas veces. Pero, su obra, definitivamente considerada, es un monumento de solidez incontestable, que ya superó las alternativas del tiempo y de la historia.

Es esta la razón por la cual debemos volver los ojos constantemente hacia la figura portentosa de Francisco de Paula Santander, sobre todo en los días que corren, que son tiempos de confusión, de violencia, de incumplimiento de la ley, de improvisación y de desánimo. Analizando a Santander, debemos pensar en que en la historia no se improvisa ni se sueña, sino que es preciso edificarla cotidianamente con materiales

muy sólidos, con la práctica de virtudes grandes y pequeñas, con la utilización de todos los atributos del ser para esa obra común. Debemos meditar asimismo, en que los pueblos nerviosos no son generalmente los pueblos felices. Conducir una nación al cumplimiento de sus elevados destinos, no es, no podría ser el resultado de una condición impetuosa y beligerante de sus hombres, si no el fruto, a veces tardío y áspero, de muy largos planteamientos y de cálculos sobremanera exigentes, sumados a inmensos sacrificios espirituales.

Santander nos enseña, entre otras muchas cosas, la práctica de un sentido de la discreción, que en él alcanza una categoría casi milagrosa. Las disciplinas escolásticas del estudiante de Derecho de San Bartolomé, lo convierten en el más riguroso y exacto de nuestros estadistas, en el más preciso de nuestros militares, en el más ordenado de nuestros administradores, a la par que en uno de nuestros legisladores más clarividentes y sutiles. Se anticipa a su época, superándola, y las subsiguientes, con la aplicación de una severa metodología, que frena los ímpetus sin inhibirlos.

Es el hombre de las fórmulas pacientes, es un matemático de la preparación y la realización. Sabe sin embargo, que esa actitud, opuesta al frenesí, no le conquistará la popularidad; pero él prefiere ser responsable y exacto antes que popular. Es esta la máxima lección suya entre las muchas que nos ha legado.

Me temo a veces que nuestra condición intelectual de pueblo esencialmente intuitivo, nos cohiba a menudo para admirar suficientemente y para deducir todos los beneficios espirituales que se derivan de la vida y la obra de un Francisco de Paula Santander. Pero no basta la admiración. A Santander hay que merecerlo. Tenemos que hacernos dignos de él antes de beneficiarnos de sus realizaciones y de sus sacrificios. Debemos, además, propiciar para él un ámbito y un alcance nacionales, en cambio de reducirlo, como hemos pretendido hacerlo por más de siglo y medio, a la simple categoría de capitán de un partido, de presidente de comité político, de abanderado de una fracción, en cambio de serlo, como lo es, de todo un país.

Ocurre que nuestra superabundancia, por lo menos aparente, de valores, nos conduce muy a menudo a la adulteración,

cuando no a la destrucción sistemática de los mismos. Nuestra alegre profesión del exceso nos ha tornado dilapidadores tanto en la órbita de la economía como en la de los sentimientos, lo mismo con las experiencias que son la historia y con los hombres que la realizaron.

Nos sobran, pues, frecuentemente, los valores humanos y hacemos todos los esfuerzos imaginables e inauditos por cancelarlos, como si la historia pudiese comenzar cada día con personal de refresco y formada a nuestro arbitrio de situaciones fácilmente controlables. De manera que, como consecuencia inevitable de esa insensata norma de conducta, cada día que pasa perdemos un precioso punto de referencia y hacemos caso omiso de quienes, como Santander, no pretendieron ser simples próceres acartonados, sino el humano y decisivo fundamento de una patria, superior a ellos mismos en el tiempo y en el espacio.

En la conmemoración del sesquicentenario de su muerte y el bicentenario de su natalicio, debemos recordar con patriotismo a Santander —pero no al Santander brillante y espectacular de las láminas de los textos escolares—, sino al artífice de la victoria, al legislador paciente y abnegado, al hombre de servicio. Y este recuerdo tiene extrema importancia por la hora que vivimos y por su trascendencia filosófica. Es, un índice vital indefectible, al cual no podemos ni debemos sustraernos. Santander nos da una tónica del futuro desde su pasado glorioso. Nos incita a la paz, a la discreción y al trabajo. Nos estimula, en fin, a la práctica consciente del deber y el derecho de ser colombianos.

En estas fechas conmemorativas debemos rendir un tributo de admiración y devoción a Francisco de Paula Santander, militar estadista, cumbre de las más altas virtudes y atributos castrenses, paradigma de jefes y estrategias, que hizo de la organización de la victoria un modelo de ciencia, de consagración y de patriotismo, que aún hoy sigue ejerciendo influencia decisiva sobre la técnica y el espíritu de nuestras Fuerzas Armadas.

Colombia admira y rinde culto a este varón portentoso que consagró la totalidad de su existencia a darnos una nacionalidad libre pero también fundamentalmente respetable.